

EXPERIENCIA ESTETICA Y CONCIENCIA ECOLOGICA

Radoslav Ivelic K.

1. Introducción

Este artículo no pretende ser un análisis científico de la crisis del medio ambiente, cuya complejidad y proyecciones no son fáciles de dimensionar. Solamente deseamos subrayar un aspecto que no ha sido realzado convenientemente, como ocurre con la incidencia del factor estético en el desarrollo de una conciencia atenta a la armonía de nuestro entorno.

A manera de introducción, de marco preparatorio, consideremos lo que ocurre en dos grandes ámbitos: *la ciudad y la naturaleza*.

En relación a la ciudad, verificamos un fenómeno que, como santiaguinos, todos estamos sufriendo, y que ofrece una pauta de lo que está por ocurrir en otros centros urbanos de nuestro país: me refiero al crecimiento desordenado de nuestra capital, que está saturando los espacios habitables, hasta tal punto que se pierde la privacidad familiar. Cuántas veces hemos escuchado y leído las quejas de los habitantes de departamentos, cuyo hábitat no tiene apertura al horizonte, rodeado

por otros edificios que encajonan el espacio, que sólo se abren al espacio de los departamentos vecinos, o que miran desde lo alto a la pobre casa de un piso o de dos pisos, con su jardín que, de pronto, quedó despojada de su intimidad.

Hay otra densidad poblacional, que se hace sentir, con otro rostro, en el cordón de barrios que rodean a la ciudad, donde la pobreza obliga a un hacinamiento e incluso a una promiscuidad degradante.

Este crecimiento desorbitado trae, como consecuencia, saturación del tránsito, ruido ambiental, contaminación del aire, desechos orgánicos e industriales que contaminan las aguas, desechos sólidos que se constituyen en enormes basurales, desechos no degradables que la naturaleza es incapaz de asimilar. Agreguemos a este cuadro, la disminución cada vez mayor de espacios de recreación: menor cantidad de plazas, menor cantidad de parques y retroceso de la naturaleza autóctona, en la misma medida en que avanza el entorno artificial fabricado por el hombre.

En síntesis, nuestra capital ha ingresado al nada envidiable grupo de las megápolis cosmopolitas y despersonalizadas que abundan en nuestro planeta.

En cuanto al deterioro de la naturaleza, éste se hace presente, entre otras causas, a través de la quema de especies vegetales —recordemos los cientos de kilómetros erosionados, a lo largo de la carretera austral. Agreguemos a esto la tala indiscriminada de bosques nativos y el exterminio o el peligro de extinción de muchos ejemplares de nuestra fauna, como es el caso del zorro, del puma, del cóndor, la vicuña, el avestruz, especies de chinchillas, guanacos, flamencos, loros; y entre otros, para terminar esta lista, el huemul, animal que, irónicamente, figura en nuestro escudo nacional.

En lo que respecta al bosque nativo, mencionemos el triste ejemplo de las araucarias, las cuales, después de un paciente proceso de crecimiento que demora siglos, son derribadas por el hombre sin ningún miramiento. Hace pocos días, tuvimos noticias de otro patrimonio de nuestro bosque autóctono, en peligro de extinción: el alerce, el árbol más alto de nuestro país, que puede llegar a los sesenta metros de altura y cuya edad alcanza, en ocasiones, hasta los tres mil años. La noticia a que nos referimos relataba la evidencia de la reciente tala de alerces en una región del sur, y señalaba, además, que la multa prevista en nuestra legislación no supera unos pocos miles de pesos.

Otros deterioros de la naturaleza se manifiestan a través del sobrecultivo, del sobrepastoreo de las tierras fértiles y del uso de pesticidas

que dañan no sólo a los vegetales sino también a la fauna y al hombre, como lo han demostrado las noticias que en este último tiempo han aparecido en los medios de comunicación social de nuestro país. Por otra parte, cabe mencionar como otra fuente de deterioro el monocultivo de especies no autóctonas, que producen desgaste en terrenos que poseen una constitución inadecuada para tales usos.

Así, poco a poco, la tierra entra en proceso de desertificación. Cuantas veces se ha dicho que el desierto avanza rápidamente desde el norte hacia el sur y que ya está a las puertas de Santiago. Los bosque de tamarugo que cubrían vastas regiones del norte ahora son simplemente zonas desérticas.

Agreguemos a esta somera enumeración, el excesivo desgaste de las fuentes energéticas naturales, debido a las necesidades de nuestra civilización tecnológica: carbón, gas, electricidad, petróleo, energía solar y nuclear no sólo han alterado o amenazan alterar el paisaje natural, sino que han producido desastres humanos y ambientales a gran escala.

Por último, una mención al exterminio de muchas especies de nuestra flora y fauna marinas. Recordemos, a modo de muestra, las constantes noticias de extracción ilegal del loco, pese a todo el control que se está ejerciendo. Agreguemos, finalmente, la contaminación de los mares por el petróleo y por las miles de toneladas de basura que se van depositando en el fondo de los océanos, exterminando la flora y la fauna.

En cualquier caso, el debate sobre la represa del Bío-Bío es un índice

de que hay, en nuestro país, una conciencia ambiental más despierta, más alerta a prevenir las posibles consecuencias negativas de una acción de esa índole. Esta conciencia está presente también en los organismos que se han creado, en la serie de medidas que se están adoptando, y en la ley de Bases del Medio Ambiente.

Entre las iniciativas adoptadas, nuestro país ha propiciado la educación ambiental tanto en el ámbito escolar como extraescolar. Es curioso, por decir lo menos, que en los textos dedicados a la educación ambiental, rara vez se menciona la importancia de la educación estética en el despertar y en el desarrollo de una conciencia ecológica. Y si se hace mención a dicha educación, sólo es fragmentariamente, sin que constituya un pensamiento orgánico frente a la problemática que estamos abordando.

Nuestra posición es que el desarrollo de la experiencia estética en general y de lo bello en especial es uno de los aspectos de relevancia en las políticas que buscan crear una *conciencia ecológica*. Consideramos este último término en su sentido etimológico (*oikos* = casa, lugar habitable). Desde esta perspectiva, cada miembro de la sociedad tiene un deber "ecológico", para hacer dignamente habitable nuestro planeta, nuestro terruño, nuestro barrio, nuestro hogar.

2. Estética y naturaleza

Antes de analizar la experiencia estética y su relación con la conciencia ecológica, conviene tener presente la profunda incidencia que posee, en el

hombre, la *percepción del espacio*, percepción indisolublemente ligada al problema que estamos analizando, como es obvio.

El espacio, concebido desde la Geometría, no es otra cosa sino una noción abstracta: un receptáculo vacío y homogéneo que contiene todos los cuerpos. Pero para el hombre, en cuanto ser que vive realidades concretas, el espacio es *lugar, entorno, ámbito, recinto*; es decir, *el espacio natural es inseparable de su propia persona, en sus dimensiones individuales y sociales*. Este hecho supone la necesidad de intervenir la naturaleza para poder habitarla, dentro de las condiciones propias del ser humano, que no sólo tiene necesidades materiales, sino que es un ser de naturaleza espiritual, por lo que todas sus acciones llevan impresas este sello indeleble que lo distingue de los demás habitantes de nuestra Tierra

En el caso de los animales, los distintos lugares que habita no son sino una prolongación natural de su cuerpo, absolutamente especializado, que les permite satisfacer ciegamente sus necesidades vitales. En cambio, el ser humano entabla un diálogo profundo con su entorno, lo que nos permite hablar de un *espacio antropológico* que busca satisfacer sus necesidades espirituales: se trata de un *espacio habitable* cuya primera expresión se palpa en el seno materno, que divide el mundo en un *adentro* y en un *afuera*; un adentro cálido y nutricio, frente a un afuera desconocido, pero que, poco a poco, se hace —o debiera hacerse— más extenso y, a la vez, más conocido y entrañable: hogar, barrio, ciudad, naturaleza, patria, cosmos; realida-

des que se objetivan, insistimos, como *espacios humanos*.

Sin esta dimensión antropológica, donde el factor estético tiene una presencia medular, el espacio se vuelve proclive a ser considerado sólo desde una actitud pragmática, en que el entorno no se vivencia como parte del yo, sino como un espacio puramente físico, al que se puede explotar hasta su total agotamiento.

La concepción del espacio ha tenido y tiene proyecciones profundas en el psiquismo humano. En prácticamente todas las civilizaciones existe el lugar que hace de *centro del mundo*: el lugar paradisíaco, el lugar de expiación y purificación, el lugar sagrado. Centro del mundo que se ha desacralizado y que actualmente está substituido por mitos degradados: el lugar de vacaciones, el cine, la televisión, el bar, el restaurante, la boite, los espectáculos masivos pseudoartísticos, entre otros tantos ejemplos, que ejercen sobre la persona humana una atracción puramente superficial, no pocas veces alienadora y degradante.

En contraste con este comportamiento, la naturaleza actúa guiada por una sabiduría que armoniza la maravillosa variedad de vida que existe en su seno y que nos hace reaccionar de manera análoga a la creación artística.

En este sentido, creemos que el concepto de *ecosistema*, acuñado por la ecología, es uno de los puentes que permite trazar relaciones entre la naturaleza y lo estético.

Un *ecosistema* es un hábitat en que la existencia de seres vivientes de una o varias especies es autorregulada por ellas mismas. A su

vez, dichos seres vivientes —microorganismos, plantas, insectos, animales— se equilibran entre sí, junto con producir cambios y regulaciones en el medio ambiente físico, no orgánico —clima, composición de la tierra, oxigenación, etc.

Igual que en una obra de arte, cada elemento del ecosistema es valioso: no se puede eliminar ni alterar, porque amenazaría el equilibrio de la totalidad, del mismo modo como se estropearía el efecto de un cuadro o de un poema, si se le resta o cambia un color o una palabra. En esta autorregulación, en este equilibrio, en esta armonía hay implícita una estética, que el hombre puede romper, si no actúa prudentemente.

Observemos de qué manera tan profunda Juan Guzmán Cruchaga nos hace sentir, en un soneto, esta *estética de la naturaleza* y la presencia de un Ordenador, de un Ser Supremo que el poeta metaforiza en el canto de un pájaro, que el ser humano no puede ver directamente, pero que sí puede entrever en su acción:

CANTO

*Apenas entreveo su plumaje,
pero abre su cantar la flor del día.
Si no cantara no amanecería.
Su canto es rey, la luz del sol su paje.*

*Busca lo más sombrío del ramaje
para evitar inútil compañía
y desde allí su voz de hechicera
va entreabriendo las flores del
paraje.*

*Misterioso cantor que te haces dueño
de todo lo que abarcas con tu sueño,
¿quién embruja la magia de tu
encanto?*

Y ¿quién eres, cantor de los cantores, que al oírte cantar crecen las flores? No sé quién eres, pero sé tu canto.

Detengámonos, ahora, a considerar qué significa la palabra "estético".

3. Experiencia estética y conciencia ecológica

Lo estético es un valor del espíritu humano, cuyo verdadero sentido ha sido distorsionado por nuestra sociedad: lo estético, en el recto sentido del término, no tiene nada que ver con la cosmética, con el adorno superfluo, con la publicidad distorsionante, con el sentimentalismo, con lo sensual o con tipos de disfrute que se identifican con la pornografía o la aberración moral.

Lo estético hace de una cosa física "algo más que una cosa" (Hartmann, 1977: 40), otorgándole a lo sensible una dignidad especial.

Lo estético, que alcanza su culminación en *la experiencia de lo bello*, supone una purificación de nuestros sentidos, una irradiación de lo espiritual en lo sensible, que permite el acceso a realidades que, de otro modo, no podríamos alcanzar: una obra musical, una realización fílmica, un espectáculo de ballet, la obra literaria, la pintura y la escultura, una expresión arquitectónica; o una puesta de sol, las olas del mar, un árbol florido pueden, de pronto, transportarnos, elevarnos, casi mágicamente, a otro espacio, que surge del interior mismo de la experiencia estética: cuando contemplamos de esta manera la naturaleza, sentimos que la cordillera, la puesta

de sol, una flor o una hoja tienen una apariencia nueva, ya no son las mismas cosas que vemos todos los días, sino que sentimos, frente a ellas, que se nos oculta un misterio y, al mismo tiempo, que algo de ese misterio se nos revela. La experiencia estética implica percibir un objeto, *liberada de su funcionalidad y constituyéndolo en un acto de contemplación desinteresada*.

Este goce desinteresado que produce la contemplación estética ha sido duramente atacado por su inutilidad, sin considerar que se trata de una "inutilidad" enriquecedora: un instante en que las cosas son percibidas en un estado de unidad de nuestras facultades, restituyendo la armonía perdida, el anhelo equilibrio que, en estos momentos, tanta falta le hace al hombre. La percepción estética libera nuestra sensibilidad y nuestro entendimiento, en un juego reparador que posee una riquísima gama de posibilidades: puede ir desde aquello que llamamos formas bonitas y graciosas, hasta los altos recintos en que se manifiesta lo bello y lo sublime, experiencias, estas últimas, que otorgan una honda trascendencia a nuestros sentidos, espiritualizándolos, del mismo modo como, a la vez, lo espiritual se nos hace visible, tangible.

Cuando el hombre experimenta la presencia de lo estético, se suspende el paso del tiempo, se vuelve intenso y duradero el instante, y surge, de espacios conocidos, un espacio nuevo, transfigurado, donde cada detalle perceptible nos deleita con el sutil velo espiritual que lo envuelve (cfr. Kupareo, R. *El Valor del Arte*, 1964).

La conciencia estética nos libera, en consecuencia, del desarraigo afectivo frente al entorno artificial, tan propio de nuestras ciudades. Tierra, agua, aire, fuego se tornan, entonces, inseparables del medio ambiente que construye el hombre, conservando toda la rica trama simbólica que envuelve a cada uno de estos elementos primordiales.

Para ilustrar estas expresiones recurramos a un escrito de Vittorio di Girolamo, quien nos hace reparar en la sabia tradición de una de las culturas autóctonas de nuestra América: la cultura náhuatl del México precolombino, cuyos pueblos fundaban ciudades *cantando y tocando instrumentos musicales*. "Los náhuatls cantaban para expresar su alegría, ya que habían llegado por fin al lugar donde debían morar. Un lugar hermoso, preparado por sus dioses. No habían trazado aún las calles y los contornos de su futura ciudad; no habían levantado ningún muro aún; y sin embargo estaban dichosos porque ya tenían (sin haberlo edificado) su verdadero hogar: *el lugar cósmico* que acogería a las futuras construcciones. Ellos creían que el sol, las estrellas, la lluvia, el lago y el río, el bosque y la montaña, los animales, ya eran la cosa, ya eran la ciudad. El medio ambiente natural constituía su riqueza. Su enorme tesoro" (Di Girolamo, 1982: 329).

La madurez estética de una sociedad se hace presente, por un lado, en su admiración y respeto a la naturaleza, y por otra, por el entorno artificial que crea, donde las distintas artes confluyen armoniosamente para transfigurar estéticamente el

espacio. Las artes producen, en armonía con el cosmos natural, un cosmos urbano donde el agua se convierte en fuentes y piletas, en juegos acuáticos que recrean nuestra vista; donde la tierra se transmuta en plazas y jardines, adobe y ladrillo, en madera, acero y cemento, para albergar dignamente al hombre.

Así, en la experiencia estética sentimos que nuestro mundo adquiere otra presencia; que, como decíamos antes, su espacio no es el mismo que percibimos habitualmente: cuando la naturaleza y la ciudad han sido respetados, es decir, cuando se entrelazan armoniosamente, entonces se concreta una apariencia o, mejor dicho, un *aparecer* (Hartmann, 1977) que incita a la contemplación y a la admiración. Los colores y las líneas, las luces y las sombras, las formas y las texturas, lo próximo y lo lejano se constituyen, al relacionarse, en un *develamiento* que hace rejuvenecer las cosas, como si nunca las hubiésemos visto, a pesar de que pueden haber estado siempre ante nuestros ojos.

4. La actitud estética como factor de una conciencia ecológica integral.

Debido a la naturaleza del fenómeno estético, es posible equilibrar la tendencia propia de la *actitud eminentemente práctica de nuestra civilización*. La finalidad de la actitud práctica es considerar las cosas sólo como instrumentos, como medios para lograr un fin, lo cual puede conducir a que el hombre rebaje la dignidad que le corresponde a su entorno o incluso —como lo hemos recalcado— a la destrucción del mis-

mo. *La actitud estética*, en cambio, asegura el respeto a las cosas, favorece su admiración y, en la medida que lo hace, las preserva de ser destruidas.

Según señala L. Porcher, en su libro *La Educación Estética, ¿Lujo o Necesidad?*, “si la opinión pública tuviese su sensibilidad mejor educada, jamás aceptaría la destrucción del espacio urbano, la devastación de paisajes naturales, la polución, el martilleo incesante de la publicidad, el urbanismo de menor costo —que es el de mayor ganancia” (Porcher, 1975: 24).

A la profunda interrelación que debe existir entre la actitud práctica y la actitud estética, frente al problema ambiental, debemos agregar la *actitud teórica*, de la cual surgen el *pensamiento científico* y las *tecnologías* que utiliza el hombre para materializar su entorno contemporáneo. La madurez estética debe estar presente en la actitud teórica, y proyectarse a la *tecnología*, porque debe ser el hombre como tal, en su integridad, el que teoriza y luego actúa en la praxis técnica, sin romper con su ser-en-el mundo, sin romper con su sensibilidad, sin caer en un racionalismo frío y deshumanizado que, en definitiva, está convirtiendo al ser humano en víctima de su propia productividad técnica.

Con todas estas reflexiones, no se intenta atacar el progreso de la civilización, sino enjuiciar sus desviaciones peligrosas para el hombre mismo. La civilización contemporánea pretende hacer de las modernas megápolis, con sus nuevos ídolos —los objetos tecnológicos—, un entorno autosuficiente y liberador. Pero,

en los hechos, ha caído en una esclavitud donde, como señala J. Moltmann, “en la medida en que es suprimida la ontología de la naturaleza, surgen tecnocracias y burocracias que, con similar poder anónimo y velado, hacen dependientes e impotentes a los hombres (...). Es el fantasma de la sociedad mecanizada perfecta, dominada por el apremio de una producción y consumo radicales, regida por computadoras, formada por hombres que se han convertido en engranajes lubricados de esa megamáquina, bien alimentados, entretenidos sin pausa, totalmente prendidos, pero —comparados con lo que hasta ahora fueron los ideales de la humanidad— pasivos, inertes y fríos” (Moltmann, 1980).

La problemática del medio ambiente involucra, en armonía con lo estético y lo científico, una *actitud filosófica* que vele por la integridad del ser, por su misterio y por su riqueza ontológica. La Filosofía y la Estética han estado indisolublemente relacionadas a lo largo de la historia. La experiencia estética en general, y las manifestaciones artísticas en particular, incitan al filósofo a una honda reflexión sobre el misterio del hombre y del ente; misterios que se palpan en la capacidad de la experiencia estética de crear lazos entre todos los seres, permitiendo vislumbrar la diversidad y a la vez la unidad de origen de la Creación.

Por desgracia, las filosofías positivistas y pragmáticas recorren el velo de misterio que rodea al ser, rebajando al hombre y a la naturaleza, a través de explicaciones simplistas y reductoras. De este modo, favorecen una crisis de los sentimien-

tos estéticos, una visión “cosificada” de la naturaleza y del hombre mismo, lo que abre las puertas a una civilización tecnocrática y materialista.

Como lo señala S.S. Juan Pablo II en su encíclica *Centesimus Annus*, “esta actitud demuestra, sobre todo, mezquindad o estrechez de miras del hombre, animado por el deseo de poseer las cosas en vez de relacionarlas con la verdad, y desprovisto de aquella actitud desinteresada, gratuita, estética, que nace del asombro por el ser y por la belleza que permite leer en las cosas visibles el mensaje de Dios invisible que las ha creado. A este respecto, la humanidad de hoy debe ser consciente de sus deberes y de su cometido para con las generaciones futuras” (# 37). En suma, estamos inmersos en una sociedad *cosificadora*, en vez de ennobecedora de las cosas. Una sociedad que ha perdido su armonía moral y su armonía estética. Una sociedad que ha perdido el sentido profundo del *cosmos* —palabra griega que significa, justamente, orden—, para introducir el desorden, la desarmonía, el desequilibrio, el caos.

Por esto, un verdadero sentido ecológico debe considerar la doble dimensión de su problemática, según lo manifiesta S.S. Juan Pablo II en la encíclica antes citada: *la problemática de una ecología natural y la problemática de una ecología humana*: el hombre no sólo destruye su entorno natural, sino también al hombre mismo. “No sólo la tierra ha sido dada por Dios al hombre —expresa S.S. el Papa— (...) incluso el hombre es para sí un don de Dios y, por tanto, debe respetar la estructura natural y moral de la que ha sido

dotado” (#38).

Esta problemática de una ecología humana tiende a ser olvidada por algunos grupos ecologistas. Una actitud integral ante el entorno no puede prescindir de ese ser que para nosotros es lo esencial, es decir, *el hombre mismo*. ¿No resulta un contrasentido defender la preservación de una especie vegetal o animal, olvidando que el hombre también tiene derecho a crecer, a crecer en un lugar adecuado, a ser alimentado convenientemente, a desarrollarse integralmente, a ser apoyado en la vejez?

Creemos, por lo tanto, que, sin la iluminación de una conciencia moral, sin una conciencia religiosa se hace difícil, o imposible, enfrentar integralmente el problema de la crisis ambiental.

¿Cómo no recordar la sentencia de Kant, cuando señala que debemos observar “el cielo estrellado sobre nuestras cabezas y la ley moral en nuestro interior”?, entretejiendo, de este modo, *la conciencia estética con la conciencia ética y el sentimiento religioso*: el cielo estrellado, que en su armonía, inmensidad y belleza, es un símbolo de lo trascendente y a la vez de la participación de la persona humana de dicha trascendencia.

Cuando se da esta conjunción armónica entre conciencia ecológica, sentimiento religioso y experiencia de lo bello, el ser humano siente que se proyecta en la naturaleza un resplandor, una luminosidad que es “el anuncio y manifestación de una profundidad y plenitud que en sí es inaprehensible e invisible” (von Balthasar, 1985: 110, tomo 1º). La naturaleza es experimentada por la conciencia estética, en esta situación,

como el ropaje con que Dios se viste para aparecerse sensiblemente a los hombres; la belleza natural esplende entonces, como la sombra de Dios en la transparencia del agua, en el fulgor del fuego, en el espíritu vivificante del aire, en la fecundidad de la tierra.

A una crisis religiosa y moral, a una filosofía positivista, materialista, a una ciencia y tecnología que tienden a consumirse en lo práctico, en la búsqueda de la comodidad como fin de la existencia, o en la invención de instrumentos bélicos de alto poder destructivo, le corresponde también una sociedad que no sólo no posee sensibilidad para ver lo bello, sino que, peor aún, una sociedad incapacitada para sentir la fealdad, lo que es una muestra de la pobreza espiritual de nuestros tiempos.

5. Conclusiones

Todas estas reflexiones nos llevan a una conclusión: la crisis del medio ambiente no se puede solucionar con visiones parcializadoras; no es sólo un problema práctico, ni científico, ni económico, ni político, ni de salud de la población. Es, obviamente, todo esto; pero es algo más, que reclama una presencia ineludible: es un problema de educación ambiental, que desarrolle una conducta integral en los miembros de nuestra sociedad, en relación a la

naturaleza y al medio artificial creado por el hombre. Pero este objetivo supone la madurez religiosa, moral y cognitiva del educando, y también, de acuerdo a todo lo expuesto, la madurez estética, que debiera ser una coordinada de la educación, en todos sus niveles, puesto que actúa sobre cada una de las actitudes humanas que hemos analizado, confiéndoles un nuevo sello.

Madurez estética que colabora en la formación del hombre integral. Al hombre integral capaz de respetar y admirar toda manifestación de vida en el cosmos: desde la misteriosa energía del átomo, hasta el inconmensurable espectáculo del espacio sideral; desde la tenue red vital que discurre por los pétalos de una flor, hasta su vigorosa concreción en los robustos árboles; desde su leve palpitación en las alas multicolores de la mariposa, hasta su multifacética expresión en el variado ciclo vital de los mamíferos; desde la maravillosa concreción de la niñez, en el seno materno, hasta el sabio y reposado fluir de la ancianidad.

De este respeto y admiración a la vida —a la cual contribuye la madurez estética— depende un accionar humano que conserve y desarrolle armónicamente el medio ambiente, en vez de buscar su devastadora explotación y la destrucción del hombre mismo.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- DI GIROLAMO, V. *La Conservación de la Ciudad*. En "Educación Ambiental. Hacia un Desarrollo de una Conducta Ecológica en Chile". José A. Martínez, editor. Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, Santiago, 1982, pp. 297-336.
- HARTMANN, N. *Estética*. Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1977.
- JUAN PABLO II. *Centesimus Annus*. 1991.
- KUPAREO, R. *El Valor del Arte*. Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, 1964.
- MOLTMANN, J. *El Hombre* (1971). Ed. Sígueme, Salamanca, 1980.
- PORCHER, L. *La Educación Estética, ¿Lujo o Necesidad?*. Kapelusz, B. Aires, 1975.
- VON BALTHASAR U., *Una Estética Teológica*. Ed. Encuentro, Madrid, 1985.